

Fugitivo

Christopher Reich

Traducción de Ainara Echaniz Olaizola



## Libros publicados de Christopher Reich

1. El Club de los Patriotas

2. Fugitivo

Título original: *The Runner*

Primera edición

© Christopher Reich, 2000

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-650-6 Depósito legal: B-1256-2011

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

**[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

A mis padres Babs y Willy Reich, con cariño

A las nueve en punto de una cálida tarde de julio en los Alpes bávaros, Erich Seyss cruzó el umbral del barracón que le había sido asignado y caminó rápidamente por la hierba hacia el establo quemado que albergaba las letrinas de los prisioneros. Vestía un uniforme gris, sin forma, que no lucía rangos ni insignias. No llevaba gorra. Tan solo su andar arrogante y una actitud ajena a todo cuanto lo rodeaba podrían llegar a identificarlo como un oficial del reich alemán. A lo lejos, los últimos rayos del sol coloreaban con un brumoso halo naranja los picos coronados de nieve. Más cerca, de una forma mucho menos angelical, una valla doble de alambre de espino y una sucesión de torres de vigilancia de patas altas y largas rodeaban aquel campo de dos hectáreas, hogar de tres mil soldados derrotados.

«Campo de prisioneros de guerra 8», nombre otorgado oficialmente por el Ejército de Ocupación de los Estados Unidos. Se asentaba en una amplia pradera en las afueras al oeste de Garmisch, un antiguo y elegante lugar de vacaciones que en 1936 había sido sede de los Juegos Olímpicos de Invierno. Hasta hacía apenas tres meses, el campamento había servido como cuartel general de la 1ª División de Montaña del ejército alemán. Al igual que Garmisch, el acuartelamiento había escapado de la guerra sin sufrir un solo rasguño. No estaba en las mejores condiciones, desde luego, pero no lo había rozado ninguna bala ni ninguna bomba. En la actualidad, aquel conjunto de recios edificios de piedra y cabañas de madera de poca altura era el hogar de lo que Seyss había oído llamar, en labios de un oficial americano, «la escoria y las bestias del ejército alemán».

Seyss sonrió para sí y pensó que quizá fuera más apropiado referirse a ellos como «los leales que habían sido puestos a prueba»; después, corrió unos pocos pasos por el camino de grava que dividía el campo en dos. A pesar de su actitud relajada, por dentro se sentía de un humor turbulento, una aturdidora mezcla

de ansiedad y bravuconería que le provocaba retortijones en el estómago y que el corazón le latiera a cien por hora. A su izquierda se alzaban los barracones de los prisioneros, una fila de severos edificios de tres plantas construidos para albergar a doscientos hombres y donde ahora dormían un millar. Un poco más lejos se encontraba la diminuta caseta de la radio, y diez metros más allá se alojaba el comandante del campo. Al final del camino, apenas visible desde donde se hallaba ahora, se alzaba una gran puerta de madera envuelta en alambre de espino y flanqueada por dos recias torres de vigilancia. Aquella puerta era la única entrada y salida del campo. Aquella noche, ese sería el destino de Seyss.

En cuestión de diez minutos, sería libre o estaría muerto.

Seyss había llegado al campo a finales de mayo, trasladado desde un hospital en Viena, donde había estado recuperándose de la herida de una bala soviética en la parte baja de la espalda. Había sido su tercera herida en aquella guerra, y la más grave. La había recibido en una acción de retaguardia dirigida contra el Noveno Ejército de Malinovski, en un intento de mantener el perímetro defensivo para que sus hombres pudieran cruzar el río Enns y entrar en la zona de ocupación americana antes del cese oficial de las hostilidades la medianoche del 8 de mayo. Rendirse a los soviéticos no era la opción más aconsejable para soldados que lucían en el cuello de sus uniformes las runas gemelas de las SS.

Una semana después de su operación, un mayor americano gordinflón había aparecido al lado de su cama, quizá demasiado interesado por su estado de salud. Le preguntó qué tal estaba el riñón y afirmó que un hombre podía vivir sin bazo. Seyss supo de inmediato qué quería aquel hombre, así que cuando por fin el mayor americano le preguntó su nombre, se lo dio voluntariamente. No tenía ningún deseo de ser encontrado dos meses más tarde acobardado en el tocador de su amante o escondido en el pajar de su vecino. Remangándose la manga de su bata de hospital, Seyss levantó el brazo izquierdo para que el oficial americano pudiera leer el número de grupo de sangre de las SS que llevaba tatuado en la pálida piel. El americano comprobó el número consultando las notas que llevaba en su carpeta y después, como si estuviera dando de alta al paciente, dijo: «Erich Siegfried Seyss, las fuerzas aliadas le han identificado como un criminal de guerra y será trasladado inmediatamente a una instalación de detención apropiada, donde quedará bajo custodia hasta que llegue el momento del juicio». No aportó ningún detalle sobre la naturaleza de los crímenes ni sobre dónde se suponía que habían tenido lugar: en el Dniéper, el Danubio, el Vístula o el Ambleve; aunque Seyss admitió que podían haber sucedido en cualquiera de esos sitios. El mayor se limitó a sacar unas esposas y ató la muñeca de Seyss al cabecero de metal de la cama.

Mientras recordaba ese momento, Seyss se detuvo para encender un cigarrillo y observar la amenazadora silueta de las montañas que lo rodeaban.

Pensó de nuevo en los cargos que se le imputaban y negó con la cabeza. *Crímenes de guerra*. ¿Dónde terminaba la guerra y comenzaban los crímenes? No se odiaba a sí mismo por actos ante los cuales otros hombres probablemente se habrían encogido de miedo. Como oficial que había jurado lealtad a Adolf Hitler, simplemente había hecho lo que le ordenaban y había actuado tan honorablemente como las circunstancias le habían permitido, o no. Si las fuerzas aliadas querían juzgarlo, de acuerdo. Había perdido la guerra. ¿Qué más podían hacerle?

Seyss se deshizo de su ira, atajó por la entrada y después cruzó el trozo de tierra cubierto de fardos de leña. El anochecer cubría el campo de silencio. Los prisioneros eran confinados en sus barracones hasta el amanecer. Los soldados, libres del servicio, corrían al pueblo a tomar unas cervezas tardías. Aquellos que se quedaban se reunían en sus barracones donde se celebraran airadas partidas de póquer y *gin rummy*. Ahora Seyss caminó más despacio, arrastrando los pies como alguien que no tiene adónde ir. Sin embargo, una fina capa de sudor le humedeció la frente. Se aventuró a echar un rápido vistazo al reloj de muñeca que tenía sujeto al antebrazo. Las nueve y tres minutos. Aquella noche todo dependía de hacer las cosas cuando había que hacerlas.

A unos quince metros, un centinela solitario dobló la esquina del edificio de las letrinas. Enseguida vio a Seyss y gritó:

—Eh, fritz,<sup>1</sup> ven aquí. Es hora de pasar lista en los barracones. ¿Qué haces aquí fuera?

Seyss se acercó al soldado, satisfecho de que el americano estuviera cumpliendo el horario con precisión.

—Tengo que mear —respondió en inglés—. Mis tuberías están hechas una mierda. Aunque no os guardo rencor, porque no fue cosa vuestra, sino de los iván.<sup>2</sup> —Su madre era irlandesa y su padre alemán, y había crecido hablando ambos idiomas indistintamente. Podía recitar a Yeats con el animado acento de un dublinés y citar a Goethe con el despectivo arrastrar de palabras de un suabo.

—Dame tu pase y cierra la boca.

Seyss sacó una tarjeta amarilla del bolsillo y la entregó. El pase indicaba que sufría del riñón y tenía permiso para acudir a las letrinas en cualquier momento.

El centinela estudió el pase y después indicó su reloj.

—Hora de irse a la cama, fritz. Toque de queda en cinco minutos.

—No te preocupes, joe.<sup>3</sup> Volveré a tiempo para el cuento de antes de dormir. Y no olvides el vaso de leche caliente. No puedo dormir sin él.

---

<sup>1</sup> Nombre con el que los soldados aliados designaban a los soldados alemanes.

<sup>2</sup> Nombre con el que se designaba a los soldados soviéticos durante la guerra.

<sup>3</sup> Nombre que los franceses e italianos daban a los soldados americanos.

El centinela le devolvió el pase e incluso se rió.

—Que sea rápido.

Seyss dijo «síseñor» y se dirigió a las letrinas. Los americanos se dejaban seducir fácilmente por los extranjeros que sabían expresarse en su idioma, y Seyss se había aprovechado de sus increíbles ansias de hablar con todo el mundo y solía utilizar cualquier pretexto para hacer preguntas cuidadosamente camufladas sobre la seguridad del campo. Lo que había descubierto resultaba muy útil para un hombre concentrado en el objetivo de escapar. Veinticuatro soldados estaban a cargo de la guardia nocturna: uno en cada una de las once torres que rodeaban el campo, diez que patrullaban el perímetro y tres en la oficina del comandante situada justo en la puerta. Tan solo siete de los ciento cincuenta hombres de la guarnición del campo llevaba en Alemania más de tres meses. Los demás eran tropas de reemplazo, soldados que estaban muy verdes y que nunca habían disparado un arma en un ataque de ira. El más interesante era el coronel Janks, un hombre delgado como un junco y amante de la disciplina militar, que había prohibido el uso de las lámparas de carbón instaladas en las torres de vigilancia excepto en situaciones de emergencia. Una de las razones que había esgrimido era la escasez de diésel, pero en el campamento se rumoreaba todo lo contrario. Janks estaba vendiendo carburante a cambio de dólares en el mercado negro.

Seyss entró en la letrina tras dar una última y larga calada al cigarrillo que después arrojó a la estrecha trinchera que rodeaba el establo. A pesar de que carecía de techo y de que la brisa nocturna atravesaba el edificio, el hedor era inhumano. Seyss sonrió para sí. Por lo menos no tendría que soportarlo durante mucho más tiempo.

Dos semanas antes, el médico del campo, Peter Hansen, le había transmitido el mensaje de que se requería la presencia de Seyss en Múnich. Lo convocaban «personas cuyas intenciones no podían ser cuestionadas», añadió. Hombres poderosos que gobernarían el futuro de la patria. *Kameraden*. El doctor no pudo ofrecer más información para identificar a los patriotas que habían mandado llamar a Seyss. Tampoco supo explicarle la naturaleza del interés de aquellos hombres por él. *Kameraden*, fue lo que dijo. Y eso fue todo. Sin embargo, sí fue capaz de proporcionarle varios objetos necesarios para llevar a cabo la huida: un reloj de pulsera, una daga y, por supuesto, el pase. De lo demás se ocupó Seyss.

Dentro de la letrina actuó con rapidez. Se quitó la camisa y los pantalones, les dio la vuelta y se vistió de nuevo. El paño de una mesa de billar, empapado con pintura del parque de vehículos motorizados del campo, había teñido las prendas con el mismo verde oliva que lucían los uniformes de infantería de los americanos. Corrió hasta un rincón del establo, cayó sobre una rodilla y cavó en la tierra. La tierra estaba suelta y resultó fácil separarla. Un minuto después, encontró lo

que estaba buscando. Se levantó, limpió la tierra de lo que parecía un orinal abollado y se lo colocó en la cabeza. Su «casco» era, en realidad, un balón de fútbol desinflado, cortado en dos y pintado del mismo verde apagado que su ropa.

Seyss asomó la cabeza fuera de la letrina. El centinela estaba girando a la izquierda, al final del último barracón. Ahora continuaría hasta la esquina suroeste del campo antes de regresar para reunirse con el oficial de guardia y llevar a cabo el control previo al apagón de luces en los barracones Fox, Golf y Hotel (o Fichte, Goethe y Hegel Haus, tal como los había bautizado algún intelectual de andar por casa de Wittenberg). No volvería al menos hasta pasados once minutos. El reloj suizo del doctor Hansen había cronometrado los movimientos del soldado durante las últimas doce noches.

Seyss se movió en cuanto el centinela desapareció de su vista. Treinta metros más allá se alzaba el almacén del campo, y cincuenta metros más lejos aún, la cocina para el comedor de oficiales: su destino. Abandonó la letrina y cruzó el campo de fútbol. Mantuvo los hombros echados hacia atrás y la cabeza bien alta. A quince metros sobre su hombro derecho se alzaba una torre de vigilancia, y en esa torre, estaba un soldado novato de veinte años deseando disparar su ametralladora Browning de 30 mm que no había utilizado desde que había terminado su entrenamiento.

Una voz le gritó desde la torre.

—Jacobs, ¿eres tú?

Seyss se estremeció, pero siguió caminando. Levantó un brazo en señal de saludo, pero su gesto no satisfizo a quien fuera que estuviera en la torre.

—¿Eres tú, Conlan? —dijo la voz—. Eres el único capullo que camina como si le hubieran metido un palo de escoba por el culo.

Seyss sabía que tenía que responder. Envalentonado por el hecho de que su aspecto fuera el de un soldado auténtico, alzó su rostro hacia el parapeto y gritó.

—¡Cierra la boca! ¿No sabes que los jerrys<sup>4</sup> están durmiendo?

No hubo respuesta de la torre. Encogió los hombros como acto reflejo. La ráfaga inicial le atravesaría la espalda al descubierto. Por fin, la voz respondió.

—Miller, ¿eres tú?

Seyss saludó de nuevo y un segundo después acabó devorado por la sombra del almacén del campo. Trotó hasta la esquina más alejada y asomó la cabeza para echar un vistazo. Para llegar a la parte trasera de la cocina tenía que correr cuarenta metros por terreno abierto. Todos los árboles que había dentro del campo se habían talado para proporcionar a las torres más visión de disparo. Si recorría el espacio caminando, quedaría expuesto a verse asaltado por un centinela tardío o un soldado de la cabaña de la radio. En ese caso, el pase del

---

<sup>4</sup> Nombre empleado por los ingleses durante la guerra para designar a los soldados alemanes.

médico no le serviría para nada. No tenía otra opción que correr. Tiró de los pantalones para subírselos y se quitó el «casco» para dejarlo caer al suelo. En el extremo occidental del campo, un par de centinelas desaparecieron dentro del barracón Hotel. Era hora de pasar lista en Hegel Haus.

Echó un vistazo a la izquierda. La carretera principal estaba desierta.

Armándose de valor, recordó una máxima que le habían enseñado en la escuela de oficiales. En la batalla, el soldado intrépido debe seguir el axioma de Nietzsche de «vivir peligrosamente». La victoria solo puede obtenerse de esa manera. Aquel era el pintoresco eslogan que los profesores más mayores citaban para convencer a los estudiantes de que la guerra era la hija natural del intelecto alemán y, por lo tanto, de que llevarla a cabo era algo legítimo.

—Vive peligrosamente —susurró, sus labios curvados en una sonrisa irónica.

Y tras inspirar profundamente, corrió.

Primero corrió con indecisión, con pasos cortos y desgarbados. Hacía dos días que le habían quitado los puntos y no le había quedado más remedio que esperar hasta aquel instante para comprobar la gravedad de sus heridas o, más importante, hasta qué punto se habían curado. En cualquier momento esperaba sentir el demonio del dolor que había permanecido en silencio debido a la inactividad. Pero no sucedió nada, así que alargó la zancada. La sombra de la torre de vigilancia asomaba amenazante por el rabillo del ojo, pero no veía movimiento en el parapeto. En aquella noche alpina, era una sombra huidiza. Apretó el paso, disfrutando de la suavidad de la hierba bajo los pies. Sentía las piernas fuertes y ágiles. Las piernas de un corredor, se recordó. Las piernas de un campeón. Y de pronto, allí estaba, pegándose a la pared de la cocina.

Seyss apoyó la espalda en el edificio. Se deslizó hasta la esquina y miró hacia la derecha. El carro, tirado por dos caballos de Vlassov, permanecía delante de la puerta de la cocina. Aquel habitual del mercado negro acudía cada domingo por la noche, a las ocho y media, cargado con un montón de recuerdos saqueados del ejército vencido: estandartes, pistolas Walther, ametralladoras Schmeisser, cualquier cosa. Y, por supuesto, todo tipo de condecoraciones militares. Los rumores decían que los soldados aliados que nunca habían entrado en combate pagaban buenos dólares por aquello. Una Luger podía llegar a costar setenta y cinco dólares. Un fusil automático Mauser, incluso el doble. Seyss se preguntó a cuánto se cotizaría una cruz de hierro.

Echó a correr hacia el centro de la cocina y se tiró sobre la hierba. El edificio estaba construido sobre cimientos de cemento que se alzaban cuarenta centímetros sobre el suelo, una medida de protección contra las crecidas del río Loisach, que atravesaba la pradera a casi cien metros al sur de allí. Se deslizó debajo del suelo de madera y se arrastró hacia la entrada de la cocina. La tierra era barro, húmeda por el agua que caía de los canalones tras una tormenta

vespertina. Se movió más despacio, adelantando con cuidado cada rodilla y cada codo en aquel lodazal. Tenía las manos cubiertas de arcilla roja. Frotó el pulgar con el índice, disfrutando de la textura arenosa de la tierra, y el recuerdo de otra época acudió a su mente.

Se vio a sí mismo colocarse en los tacos de salida, estirando y hundiendo las manos en aquella fina tierra ocre. Mientras situaba los dedos a lo largo de la línea de salida, colocó un pie y luego el otro detrás de él. De pronto, la multitud rugió como una sola persona, el grito comunitario de cien mil espectadores, y Seyss supo que era por Jesse Owens, el americano, que tomaba posiciones dos calles a su derecha. Seyss alzó la cabeza y el mundo se redujo a aquel estrecho pasillo que se extendía ante él hasta el infinito; y al final, apenas visible, llegó a discernir la cinta blanca que lo envolvería en la gloria de su país. Sintió que alzaba el cuerpo en los tacos de salida, temblando de expectación, todo él convertido en un instrumento de expresión física. *Macht zur sieg*. La voluntad lo llevaría a la victoria. Y después, el chasquido de la pistola del tiro de salida. La explosión de la multitud en cuanto echa a correr. El borrón oscuro que pasa por su derecha como un rayo, allí por donde nadie lo había adelantado antes. El instante en el que sabe que todo está perdido, que la carrera es de los americanos y que el León Blanco de Alemania ha sido derrotado.

Abrió los ojos y el rugido de la multitud se apagó, sustituido por el canto de las cigarras.

Seyss siguió arrastrándose hacia delante. Oía voces sobre su cabeza. El bramido de una voz americana lo detuvo. Era Janks, el comandante del campo.

—No me importa si esa espada perteneció al mismísimo Hermann Göring, no voy a darle dos sacos de veinticinco kilos de harina por ella. Lo máximo que puedo ofrecerle es un saco de harina, un cartón de leche en polvo y un saco de arroz de Luisiana. Tómelo o déjelo.

—Huevos —dijo Vlassov—. Necesito huevos.

—Nada de huevos, amigo. Los huevos son solo para los americanos. Pero le daré unos melocotones. ¿Qué dice? —Janks sonaba ansioso, todavía muy verde en aquello de ser un especulador de guerra.

—Vale, está bien —dijo Vlassov tras pensarlo un momento. Seyss dedujo que era checo, otro eslavo más sin hogar al que regresar. Los americanos se referían a ellos como PD, personas desplazadas.

Tras apoyar el peso de su cuerpo sobre un costado, Seyss intentó descansar la espalda en el suelo. Quizá pudiera ver algo de los trapicheos a través de las grietas del suelo. El espacio debajo del edificio era muy estrecho y pronto volvió a su posición boca abajo. Un escarabajo le recorrió el brazo y la parte de atrás del cuello. Alzó una mano para librarse de él, pero se detuvo en seco cuando los dedos rozaron el suelo de madera. Apretó los dientes deseando que el insecto se fuera. Las patas del escarabajo le hicieron cosquillas en la piel y después,

desapareció. Seyss avanzó unos centímetros más. Aquel espacio reducido lo estaba sofocando. *Daos prisa*, urgió a Janks y a Vlassov. Sintió que su respiración se había tornado más rápida y que el pánico se acercaba poco a poco. Nadie podía escapar por la puerta principal. Aquella idea era de locos.

Al escuchar a Janks canjear los alimentos destinados a los prisioneros, Seyss sintió que el miedo desaparecía y la furia ocupaba su lugar. Un saco de grano por una pistola. Dos cajas de chocolate por una insignia de plata destinada a soldados heridos en combate. Un puñado de raciones K por una gorra de general. No era de extrañar que la mitad del campo se estuviera muriendo de hambre. Por fin, Janks lo dijo. Quince hogazas de pan por una cruz de hierro. Veinte hogazas más un cartón de Lucky Strike si tenía hojas de roble. Al oír mencionar la cruz de hierro, Seyss se llevó la mano al cuello. Estaba desnudo, claro. Le habían confiscado las condecoraciones en el hospital de Viena. «Como prueba», le habían dicho. Aquel pequeño y bello pedazo de metal por el que había derramado su sangre se cotizaba, aquella tarde, en unas pocas hogazas de pan y un cartón de cigarrillos. Seyss no estaba de humor para apreciar la grotesca ironía de todo aquello.

—¿Qué más? —preguntó Janks—. ¿Eso es todo? ¿Hemos terminado?

—Es todo, coronel —respondió Vlassov.

—Bien. Cargue su carreta y lárguese de aquí echando leches.

A medida que los pasos se perdían sobre su cabeza, Seyss se llevó la muñeca a la altura de los ojos y comprobó las manecillas de tritio del reloj. Las nueve y ocho minutos. Ya estaban pasando lista en los barracones. ¿Habría llegado el oficial de guardia a su barracón?

Siguió arrastrándose hacia delante hasta que llegó al porche que se abría en la fachada sur de la cocina. Sintió la brisa fresca en la cara. Vlassov iba de acá para allá acarreando los beneficios de aquella noche. Tras su cuarto viaje de la cocina a la carreta, volvió a la cocina y habló con Janks.

—Todo listo, coronel. Le veré la semana que viene.

—Hasta la semana que viene, señor Vlassov. Mis hombres abrirán la puerta una vez le vean a usted montado en la carreta. Váyase ya.

Vlassov gruñó una despedida y salió de la estancia. La puerta de la cocina se abrió y se cerró. Seyss salió de debajo del porche y se apoyó sobre una rodilla. Vlassov estaba en la oscuridad, fumando su acostumbrado cigarrillo antes de subirse a la carreta y salir del campo. Seyss lo miró un momento. Le habían enseñado a odiar a los miserables eslavos, a despreciar a aquel hombre sin patria, a aquel *untermensch*. Pero todo lo que veía era un oponente. Un hombre que se interponía en su camino.

Se colocó la daga en la boca, se agarró a la barandilla y de un salto subió al porche. Aterrizó silenciosamente. Un solo paso, y cayó sobre Vlassov. Le dio la vuelta y le tapó la boca con una mano, después, apoyó la daga en la base de

su garganta. Vlassov gruñó, se resistió una vez y luego se quedó inmóvil. Con el cuchillo aún en la mano, Seyss le quitó al checo su chaqueta, sacando un brazo cada vez. Después, soltó la daga y dejó caer el cuerpo suavemente sobre el suelo. Una muerte limpia.

Seyss comprobó su reloj. Las nueve y doce. El oficial de guardia ya habría llegado a su barracón. En cuanto eso sucediera, un silbato anunciaría la falta de un prisionero. Las puertas permanecerían cerradas hasta que Janks diera la orden contraria. Tenía que darse prisa. Cogió la gorra de Vlassov del suelo del porche y se la puso en la cabeza, asegurándose de que ocultaba su cabello rubio por completo. Ya se había puesto la chaqueta del checo, cuando la puerta de la cocina se abrió. El coronel Janks salió al porche, lentamente, alargando el cuello como una tortuga cautelosa. No cabía duda de que había oído el estertor de muerte de Vlassov y había decidido salir por si sucedía algo. Nada más ver el cadáver del checo, dio un involuntario paso hacia delante. Cuando alzó la cabeza, sus ojos tropezaron con los de Erich Seyss.

Seyss se movió instintivamente, empujó al coronel contra la puerta y le tapó la boca con una mano. Janks miró a sus pálidos ojos azules durante unos segundos y Seyss vio en su rostro el reflejo de su propio miedo. Pensó en dar a Janks un golpe en la cabeza, dejarlo inconsciente. A nadie le importaría un checo muerto, pero ¿un oficial americano asesinado por un prisionero de guerra alemán? Todo el ejército se le echaría encima. Pero entonces oyó la lastimera voz de Janks ofreciendo a Vlassov veinte hogazas de pan por una cruz de hierro y perdió la razón.

—Dígame, coronel —susurró—. ¿Cuántas hogazas de pan por la daga de un oficial de las SS?

Los ojos de Janks reflejaron su confusión.

—Pero usted no estaba...

Antes de que el americano pudiera completar la frase, Seyss hundió el cuchillo en su pecho. Sacó la daga y la hundió de nuevo. Los ojos de Janks casi se salieron de sus órbitas. Tosió y una gota de sangre aterrizó en la mejilla de Seyss. Seyss la sintió cálida en su piel, rodando por su cara hasta llegar a los labios. Probó el sabor de la sangre de su enemigo y el corazón le latió con fuerza. Inspiró profundamente, forzando al demonio a desaparecer, pero ya era demasiado tarde, y lo sabía.

Con una sonrisa, dejó que su lado salvaje lo invadiera.

Cuando volvió a ser él mismo, tiró de la daga, pero o bien estaba clavada profundamente en un hueso o la sangre se había vuelto tan pegajosa que no pudo sacarla. Dejó caer el cuerpo de Janks, se arrodilló a su lado y buscó la Colt automática de culata nacarada que el coronel solía exhibir orgullosamente en su cadera. Americanos vanidosos. Hasta el último de ellos quería ser como Patton. Sacó la pistola de su funda y se la guardó en el bolsillo.

Luchando por mantener la sangre fría, Seyss abandonó el porche y se subió a la carreta. La chaqueta de Vlassov estaba empapada de sangre, pero en la oscuridad solo parecía estar cubierta de manchas. Tiró de las riendas brevemente. Los dos bayos alzaron la cabeza al unísono, después giraron hacia la izquierda y se dirigieron a la puerta. Al pasar bajo la sombra de la torre de vigilancia, alzó la mirada y vio el morro de la ametralladora de 30 mm que asomaba del parapeto y, detrás, el rostro aniñado de un soldado que dirigía las luces hacia él. Delante, el camino de tierra atravesaba la pradera antes de virar a la izquierda y desaparecer en la sombra del bosque que descendía de la montaña.

Un soldado se acercó a la carreta, con su carabina colgando de un brazo. Seyss encogió los hombros y se inclinó sobre las riendas para disimular la chaqueta. La mano izquierda había buscado el tranquilizador tacto de la pistola de Janks. Esperaba que estuviera cargada.

—Buenas noches —susurró tras bajar la mirada.

—Sí —gruñó el guardia—. Hasta el domingo que viene.

Dio unas palmadas en el lomo de uno de los bayos y después caminó hasta la puerta, la abrió e hizo un gesto a la carreta para que se pusiera en marcha.

El silbato sonó cuando ya estaba a cincuenta metros del campo. Un instante después, las luces de carbón localizaron la carreta. Las ametralladoras abrieron fuego. Pero no se veía ninguna forma humana sujetando las riendas.

Erich Seyss había desaparecido.

El León Blanco era libre.

En el café situado abajo sonaba de nuevo la Dietrich. *Lili Marlene*, por tercera vez aquella mañana y todavía no eran ni las diez. Devlin Judge agradeció la distracción, echó hacia atrás la silla de su escritorio y salió al balcón de su oficina situado en un quinto piso. La música se oía ahora más clara. La susurrante voz de la Dietrich rebotaba en los adoquines y viajaba por el cañón formado por los edificios de los apartamentos y las oficinas, mezclándose con el cling cling de los timbres de las bicicletas y el cálido y dulce aroma de los cruasanes recién hechos.

Tarareando nerviosamente, Judge paseó la mirada por los tejados de París. Un sol intenso caía sobre las tejas color ocre y cardenillo, y sus rayos borraban todo rastro de hollín y suciedad. El arco del Triunfo montaba guardia al final de aquella manzana. A través de la tenue bruma de la mañana, los enormes bloques de piedra caliza parecían lo suficientemente cercanos como para ser tocados. Si se ponía de puntillas, podía llegar a vislumbrar la cima de la torre Eiffel. Normalmente, aquellas vistas le alegraban el corazón. Pero, aquel día, el paisaje se le antojaba mundano. El trabajo también fracasaba en captar su atención. Hacía tres horas que había llegado y, desde entonces, había sido incapaz de concentrarse en nada excepto en el inquieto zumbido instalado firme y posesivamente en sus tripas.

Aquel día, era el día. No necesitaba nada más para que su corazón latiera mucho más rápido de lo normal.

Judge se obligó a regresar al escritorio, sacó las gafas de leer, tiró de los puños de su camisa y, con un suspiro resignado, tomó el diario de tapas de cuero con el que llevaba peleándose toda la mañana. La letra, azul y gastada, describía una cena celebrada en agosto de 1942, cuyo anfitrión había sido Adolf Hitler y que había tenido lugar en Wolfschanze, el cuartel general de Hitler en el frente oriental de Prusia. Hitler había estado quejándose de la

escasez crónica de mano de obra en las fábricas de todo el país y había ordenado que se incrementaran los envíos de trabajadores extranjeros para la patria. *Sklavenarbeit* era la palabra que había utilizado. Trabajo de esclavos. La información le resultaría muy útil cuando mañana se sentara frente a frente con el autor de aquel diario y escuchara las convencidas negaciones de aquel hombre gordo. En una audiencia pública, las pruebas resultarían condenatorias.

La perspectiva hizo sonreír a Judge por primera vez aquella mañana.

Elegió un marcapáginas de una ordenada pila que tenía cuatro centímetros de altura, escribió un número en la cabecera y lo insertó en el diario. Suspiró. Número 1.216, y todavía faltaban tres años para que comenzara la guerra. Copió los números en su cuaderno de notas de hojas amarillas y transcribió los detalles pertinentes con la limpia letra que había desarrollado a lo largo de más de cinco años ejerciendo como fiscal. *La limpieza traía claridad y la claridad, orden, se recordó.* En una presentación legal apropiada no había espacio para la confusión. Y aquello se aplicaba incluso en el más simple caso de robo. Por lo que contaba doble en el juicio más importante al que se había enfrentado la humanidad.

Devlin Parnell Judge no había viajado a Europa como un fiscal normal, sino como miembro del Tribunal Penal Militar Internacional, el augusto cuerpo legal instaurado por las fuerzas aliadas de la Unión Soviética, Reino Unido, Francia y los Estados Unidos para juzgar a los líderes del Tercer Reich por crímenes de guerra. Los actos eran tan atroces, tan únicos en su barbarie, que les habían aplicado una nueva clasificación inventada para ellos: crímenes contra la humanidad.

Judge había sido asignado a la división de interrogatorios. Eran los chicos de mirada dura a cargo de obtener confesiones condenatorias de los acusados, de modo que los colegas de pico de oro pudieran hacerlos picadillo en el estrado. No estaba en primera línea, pero igualmente le gustaba su puesto. Todos los abogados de Manhattan, incluyendo aquellos que habían trabajado con él en la oficina del fiscal federal, habrían matado por ese empleo. Los juicios por crímenes de guerra ocuparían las primeras planas de todos los periódicos y los hombres que iban a dar la cara en los juicios se convertirían en figuras tan famosas como Ruth o DiMaggio. Aunque Judge había trabajado y presionado muy duro por conseguir aquel puesto, sus razones no tenían nada que ver con mejorar sus perspectivas laborales. Ni estaban motivadas por ideales altruistas. Tan solo como miembro del Tribunal Penal Militar Internacional podría descubrir los detalles de lo ocurrido a su hermano, Francis Xavier, un sacerdote jesuita y capellán del ejército que había muerto en Bélgica hacía siete meses. Y lo que es más, tan solo como miembro del TPMI tendría el poder para hacer pagar al responsable.

Aquel día, era el día.

Sonó el teléfono y Judge lo cogió.

Pero era simplemente el conductor de Motor Transport que llamaba para confirmar la hora de recogida de la mañana siguiente. ¿Las seis de la mañana era buena hora? Necesitaban una hora para llegar a Orly y una hora más para el vuelo a Mondorf-les-Bains. El mayor estaría en el Ashcam a las nueve en punto. Judge respondió que estaría listo y colgó.

El Ashcam era el sobrenombre del hotel Palace de Luxemburgo, un decadente hotel de cinco estrellas convertido a la fuerza en prisión de máxima seguridad. Dentro de sus paredes de estuco descascarillado residían cincuenta nazis de alto rango, los más importantes en cautividad. Speer, Donitz, Keitel: los *bozen* sinvergüenzas del Partido Nacionalsocialista Obrero. Y, por supuesto, Hermann Wilhelm Göring, el jovial príncipe de Hitler, y el hombre de cuyo interrogatorio tenía que ocuparse Judge.

Siguió leyendo. La importancia histórica de su tarea le otorgó una resolución que de lo contrario le habría costado mucho adoptar. Diez minutos después, decidió que avanzar en aquello era inútil. Se quitó las gafas y dejó el diario. Simplemente, no podía concentrarse. Era mejor no trabajar en absoluto antes que arriesgarse a obtener un mal producto. Se levantó del escritorio y cerró las puertas del balcón que había detrás de él. La música ya no era una distracción, solo una molestia. La expatriada más famosa de Alemania cantando en inglés la canción favorita de Hitler. ¿Por qué aquella canción le hacía añorar tanto su hogar?

Judge se paseó por el perímetro de su abarrotada oficina, cogió algunos libros de Derecho desperdigados por varios muebles y los devolvió a las estanterías. No era un hombre alto, pero la anchura de los hombros y el grosor del cuello conspiraban para que nunca fuera ignorado. Su fuerza también resultaba aparente en la espalda, que era ancha y musculosa, resultado de una juventud dedicaba a trasladar barriles de whisky canadiense en la taberna clandestina local. También tenía las manos gruesas y compactas, y contaban tan solo con las uñas de cuidada manicura y la alianza para embellecerlas un poco.

Tenía el rostro astuto de un jugador, con brillantes ojos marrones y una sonrisa que auguraba problemas. Llevaba el cabello negro corto y partido en dos por una raya perfecta. Y su semblante astuto, en el marco de su cuerpo de luchador, le otorgaba una intrigante ambigüedad. En El Morocco le hacían esperar incluso aunque tuviera la reserva en la mano. En el Cotton Club le llevaban inmediatamente a la mejor mesa del local. Pero Judge no tenía ningún problema en conciliar sus contradicciones físicas, porque en ellas podía leer su propia historia secreta. Él era el gamberro del barrio haciéndose pasar por la ley. El pecador reformado que rezaba más alto que cualquier otro, no para que Dios pudiera oírle mejor, sino para aturdir sus incansables dudas.

Después de colocar los pesados tomos legales, Judge recorrió la oficina con la mirada en busca de cualquier cosa que no estuviera en su sitio. Las estanterías estaban llenas a rebosar, los lomos ordenados por altura. Una docena de cuadernos de notas de papel amarillo estaban colocados sobre un aparador. Como siempre, el escritorio presentaba un aspecto imaculado. Una taza de porcelana, que contenía un puñado de lápices con la punta afilada, decoraba una esquina. Un calendario diario, regalo del ejército, ocupaba otra, y anunciaba con su letra roja oficial que estaban a 9 de julio. Casi escondidas por una lámpara de mesa con visor había dos fotografías pequeñas, su única concesión para que la oficina donde trabajaba desde hacía seis semanas tuviera un toque hogareño.

Una de ellas mostraba a un hombre alto y robusto de pelo oscuro y ondulado vestido con el uniforme de llamativas rayas verticales de los Fordham Rams. Su sonrisa despreocupada y su postura ligeramente encorvada contrastaban con su seriedad al sujetar el bate sobre un hombro. Judge quitó del marco la capa de polvo acumulada a lo largo de varios días y la dejó de nuevo en su sitio. Su hermano, Francis, no valía mucho como jugador de béisbol. Era torpe con el guante y lento como un buey, pero le dabas una bola rápida y la sacaba del estadio. Sin embargo, de lo demás, mejor olvidarse. Era incapaz de cubrir las cuatro bases. Las palabras «vuelta completa» no estaban en su vocabulario.

La segunda fotografía era más pequeña, estaba gastada y ajada después de pasar un buen montón de tiempo en la cartera de Judge. Un sonriente niño de cuatro años saludaba a la cámara con los ojos abiertos por la emoción, como si la vida fuera algo de lo que nunca tuviera suficiente. Judge también quitó el polvo al marco y devolvió la sonrisa al muchacho con una parte de añoranza y otra de orgullo.

Había traído a Europa algunos otros recuerdos de su hogar: un reloj de bolsillo de plata que le había regalado su antiguo jefe, Thomas Dewey, de cuando Dewey no era más que un fiscal prometedor y no el gobernador del estado de Nueva York; un pequeño y ornamentado crucifijo que había pertenecido a su hermano; y una fotografía de sus padres fallecidos. Pero todo aquello lo guardaba en su cajón. Los ojos de un fiscal tenían que concentrarse en el trabajo, eso era lo que le habían enseñado; y los recuerdos personales no eran más que muletas para una mente incapaz de concentrarse.

Satisfecho de que su oficina tuviera un aspecto de lo más presentable, consideró la idea de volver al escritorio. Observó la silla de respaldo bajo e inconscientemente dio un paso atrás, como si el mueble estuviera electrificado. Incluso en sus buenos días, Judge no era un hombre paciente. Y aquel día estaba de lo más nervioso. Se llevó una mano a la muñeca y empezó a darle vueltas al reloj. No recordaba cuándo había adquirido ese hábito, solo que había sido hacía mucho tiempo. ¿Qué era la espera más que una forma gentil de tortura?

El último envío de documentos había llegado el día anterior a mediodía. Cuarenta y siete archivadores llenos de más de una tonelada de correspondencia oficial, propiedad de la Oficina Central de Seguridad del Reich, en Prinz Albrechtstrasse, 8, en Berlín, el cuartel general de las SS; o de la Schutzstaffel,<sup>5</sup> la guardia negra privada de Hitler. Los espías de Judge en el piso superior, en RyC (Recopilar y Catalogar), le dijeron que eran los papeles que había estado esperando: movimiento de órdenes, listas de bajas, informes de batalla con el historial detallado de las acciones diarias de las divisiones de élite de las SS. En algún lugar allí dentro se encontraba el nombre del que había asesinado a su hermano. Solo era cuestión de encontrarlo.

Aquel día, era el día.

Alguien llamó a la puerta brevemente y el sonido interrumpió sus pensamientos. Un oficial bajo y arrugado, con escaso pelo gris y gafas de montura metálica, entró en la oficina. Su uniforme era similar al de Judge. Chaqueta verde oliva, camisa y corbata caquis con pantalones claros a juego. Como Judge, era fiscal y lucía la insignia del JAG, la Abogacía General del ejército de los Estados Unidos, en la solapa.

—Creo que será mejor que venga conmigo —dijo el coronel Bob Storey, jefe de la división de control de documentos del TPMI—. Creo que hemos encontrado oro.

—¿De qué se trata? ¿Tiene un nombre?

—Venga conmigo. Después tendrá todo el tiempo del mundo para hacer preguntas.

Judge cogió su abrigo y se apresuró a salir de la oficina. Los pasillos de aquel edificio situado en el número 7 de la calle de Presbourg bullían de civiles y personal militar. No pasaba un solo día sin que una madre afirmara haber encontrado documentos en algún lugar de Alemania. La semana pasada, 485 toneladas de documentos diplomáticos habían sido descubiertos en el macizo del Harz. Y la semana anterior, los archivos del Comando Central de la Luftwaffe habían aparecido en una mina de sal en Obersalzberg, Austria. Cualquier cosa que pudiera estar remotamente relacionada con crímenes de guerra acababa en aquel edificio. Dada la amplitud y profusión de las atrocidades nazis, y su propensión a tomar nota de todo, aquello significaba un buen montón de papel.

Judge siguió a Storey de cerca, los dos a paso ligero. Estaba preocupado por la ambivalencia de su colega más veterano. Si habían encontrado una veta de oro, ¿por qué no estaba más emocionado el coronel? Después de todo, Bob Storey había sido su compañero en aquel asunto desde el primer día, había sido

---

<sup>5</sup> Escuadrón de defensa, más conocido como SS. De guardia personal de Hitler pasó a convertirse en una poderosa organización supervisada por Himmler, con sus propios rangos militares.

su animador, su superior de forma no oficial y, recientemente y a juicio de Judge, su amigo.

El primer día en aquel lugar, Judge se había acercado a Storey con un problema personal. Su hermano mayor, Francis Xavier, había muerto el diciembre pasado en Malmedy, le explicó. ¿Podría Storey estar atento por si aparecía algún documento que pudiera arrojar algo de luz sobre el incidente? Era un cuento que todos los americanos conocían muy bien, marcado a fuego y vitriolo en la memoria colectiva del país por los titulares de los medios de comunicación. «Soldados capturados masacrados en Malmedy.» «Cien soldados fusilados a sangre fría.» Y quizá, el más elocuente: «¡Asesinato!». Storey aceptó inmediatamente.

Estos eran los detalles: la mañana del domingo 17 de diciembre de 1944, una columna de tropas americanas, sobre todo miembros de la Batería B del 285º Batallón de Observación de Artillería de Campo, se dirigían hacia el sur por una carretera secundaria de dos carriles, en la zona oriental de Bélgica. Era un día soleado, el termómetro marcaba sobre cero. Había muy poca nieve cubriendo el suelo. Los soldados viajaban en un convoy de treinta vehículos, todoterrenos, artillería móvil, camiones pesados y dos ambulancias; y alcanzaron la aldea de Malmedy a las doce y cuarto. La zona era segura y estaba bajo control americano. Marcadores de rutas habían pasado por allí aquella misma mañana, y otras unidades habían seguido ese camino hacía apenas una hora. Pero cuando la Batería B atravesaba Malmedy, les llegó la noticia de que se habían visto patrullas alemanas a varios kilómetros al sudoeste. (Aunque la gigantesca contraofensiva alemana, que más tarde se conocería como la batalla de las Ardenas, había comenzado el día anterior, no había informes de lucha en aquel sector.)

La Batería B continuó como estaba planeado. Unos kilómetros más allá de Malmedy, tras pasar el cruce de Baugnez, una intersección de cinco carreteras secundarias, el convoy se vio de pronto bajo fuego directo enemigo procedente de una columna de tanques alemanes, situados a menos de un kilómetro. Al menos cinco de los vehículos fueron alcanzados y sus ocupantes murieron o resultaron heridos. Los demás se detuvieron inmediatamente, muchos en busca de protección en un surco cerca de la carretera. La columna de tanques alemanes que se acercaba rápidamente mantuvo el fuego, tanto con ametralladoras como con sus armas principales. Dos minutos después, un tanque Panzer hizo volar por los aires el todoterreno de mando de la Batería B. En vista de que se enfrentaban a fuerzas increíblemente superiores a ellos, los soldados americanos, y entre ellos el padre Francis Xavier Judge, jesuita, se rindieron.

La columna alemana era, de hecho, el elemento principal de la *kampfgruppe*<sup>6</sup> Peiper o fuerza de ataque Peiper, un grupo de ataque rápido

---

<sup>6</sup> Parte de la División SS Panzer.

formado por 115 tanques, 100 armas autopropulsadas y 4.500 hombres que tenía la orden de atravesar las líneas americanas y llegar a toda velocidad al río Mosa. Mientras el grueso de la *kampfgruppe* se dirigía hacia el cruce de Baugnez, un destacamento se quedó atrás para ocuparse de los prisioneros. Cuando cesó el fuego, dos soldados alemanes recorrieron el campo disparando a los americanos heridos. Asombrosamente, de los 113 soldados que se habían reunido en aquella pradera al sur de Malmedy, cuarenta escaparon fingiéndose muertos y huyeron a los bosques colindantes en cuanto tuvieron la oportunidad.

Eso era lo que sabía Judge. Había reunido la información de los archivos existentes: entrevistas con los supervivientes de la masacre, declaraciones de soldados alemanes prisioneros que habían formado parte de la fuerza de ataque, al igual que descripciones de los movimientos desplegados en el campo de batalla según las órdenes de los oficiales que se habían encontrado en las inmediaciones en el momento del suceso. Sin embargo, siete meses después, seguía siendo incapaz de identificar al oficial que había dado la orden de abrir fuego.

Judge cerró la puerta del despacho de Storey y rechazó la oferta de tomar asiento.

—Y bien, ¿qué tiene?

Storey sacó una carpeta manila de su archivador y la dejó sobre la mesa.

—Buenas y malas noticias, me temo.

—¿Y eso? —Judge le dio la vuelta al informe para tenerlo de frente. Había una lista de distribución de color rosa pegada a la cubierta. Leyó el nombre que figuraba en él y negó con la cabeza. Sus esfuerzos habían reducido la lista de sospechosos a tres hombres, y aunque no los conocía personalmente, se sabía de memoria los informes personales.

—Era el menos probable de los tres. Fue atleta olímpico, por Dios. Debería saber algo sobre el juego limpio. ¿Qué le ha delatado?

—Adelante. Léalo. Pero Devlin, le aviso de que es bastante duro.

Judge se detuvo un instante antes de abrir el informe mientras elevaba una oración por su hermano muerto. Dentro no había más que un solo documento de dos páginas de largo, pulcramente mecanografiado en papel oficial de las SS. Era un informe escrito tras la acción, redactado por el teniente Werner Ploschke. Judge se aventuró a mirar a Storey y después inspiró profundamente y leyó.

«A las 13.02, del 17 de diciembre de 1944, un convoy de todoterrenos y camiones americanos fue divisado en el cruce de la N-23 con la N-32, procedentes del sur, en la carretera Ligneuville-Sankt Vith, cerca de Malmedy. El teniente Werner Sternebeck entabló combate inmediatamente. Dos tanques Panzer dispararon seis veces con sus principales armas. Cuatro vehículos

americanos fueron destruidos. Cinco resultaron dañados mientras realizaban maniobras de evasión. Sternebeck condujo su tanque hasta la cabeza de la columna americana y disparó su ametralladora sobre los americanos para obligarlos a rendirse. El comandante de la *kampfgruppe*, Jochen Peiper, ordenó que sacáramos toda la gasolina de los vehículos fuera de combate y que requisáramos aquellos que aún podían funcionar. Después, continuó su avance con el grueso de la fuerza de ataque y abandonó la zona.

»El mayor Erich Seyss, que se quedó al mando, ordenó a los soldados americanos que se reunieran en el prado cercano, donde fueron desarmados y se les registró en busca de objetos valiosos para nuestros servicios de Inteligencia. Cuarenta y seis pares de botas y ochenta chaquetas gruesas fueron a parar a manos del sargento intendente Steiner. Después, Seyss ordenó a los Panzer 107, 111, 83 y a los Tigre 254, 54 y 58, que se posicionaran a un lado del campo. Todas las armas apuntaron a los soldados. A las 14.05, Seyss ordenó a los artilleros y a la infantería de retaguardia que abrieran fuego sobre los americanos. El fuego duró siete minutos. Se gastaron exactamente 2.244 balas. Después, Seyss entró en el prado acompañado del sargento Richard Biedermann y administró el tiro de gracia allí donde era necesario.»

Judge dejó el informe sobre la mesa. Allí estaba. Todo lo que había estado buscando. Todo lo que necesitaba para conseguir una condena. Seyss ya estaba prisionero en manos americanas, en alguna parte. Al ser oficial de las SS, habían procedido a su arresto inmediato en cuanto fue capturado. Entonces, era cuestión de tiempo que lo llevaran a juicio. Pero si Judge estaba esperando sentir cierta satisfacción, quedó bastante decepcionado. Ningún subidón de adrenalina le calentó el cuello. Ninguna emoción por la victoria coloreó sus mejillas de rojo. Todo lo que tenía era un nombre, unos papeles y la seguridad de que en un año más o menos, en algún lugar de Alemania, el suelo se desplomaría bajo una horca y Seyss moriría. Nunca había tenido la sensación de que la ley fuera tan estéril como en ese momento.

—Supongo que con esto ya es nuestro —dijo, esforzándose mucho por añadir un poco de alegría a su voz—. Ni siquiera vamos a necesitar testigos. Los camaradas de Seyss firmaron su sentencia de muerte. Es como si ya colgara de la horca.

Storey asintió cortésmente.

—También hay algunas fotografías.

Judge hizo un gesto de disgusto cuando sintió de nuevo la extraña sensación en el estómago.

—¿Ah, sí? ¿De quién son?

—De los alemanes. Son duras, así que no se sienta obligado a mirar. Creí que era mi deber informarle. Como es natural, formará parte de los informes de la fiscalía.

«Buenas y malas noticias», había dicho el coronel.

Storey le entregó un taco de varios centímetros de alto de fotografías. Ochenta, organizadas de diez en diez.

—Gracias —murmuró Judge y después empezó a rebuscar entre ellas. Sentía que el corazón le latía más deprisa y la garganta se le cerraba involuntariamente. Así era como solía sentirse cuando su testigo estrella impugnaba su testimonio al ser sometido al escrutinio de la otra parte. Las primeras mostraban sesenta o setenta soldados desperdigados en un campo arado. Algunos de ellos habían sido desnudados hasta dejarlos en ropa interior, otros conservaban el uniforme. Todos estaban muertos. El fotógrafo pasó de los paisajes a los retratos. Judge miró fijamente el rostro de una docena de soldados asesinados. Uno de ellos captó su atención.

Un soldado americano yacía en la nieve, desnudo de cintura para arriba, y una hilera de agujeros perfectos atravesaba su torso de derecha a izquierda. Tenía uno de los brazos alargado como si saludara. Un cráter abierto en la palma de la mano. Qué puntería. El rostro estaba congelado en una expresión de sorpresa y terror, la boca abierta, los ojos como platos. Sin embargo, era fácil de reconocer. El abundante cabello negro, la barbilla hendida, la nariz inquisitiva, de figón como solía decir Judge; la cicatriz sobre la ceja y, por supuesto, los ojos, abiertos y acusadores. Incluso en la muerte, Francis Xavier Judge seguía reprochándole cosas a su hermano.

«Seyss ordenó a todas las ametralladoras que abrieran fuego contra los prisioneros... Se utilizaron 2.244 balas.»

Judge se levantó totalmente tenso, con las palabras del informe resonando en su mente. En silencio, gritó a Francis que corriera, que se echara al suelo. Vio a su hermano alzar las manos al aire y oyó la plegaria que salió de sus labios. *Sí, aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, nada temo, pues tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me reconfortan.* Fue testigo de que la expresión de preocupación se convirtió en miedo, luego en horror cuando los primeros disparos sonaron en el frío invernal. *Maldita sea, Francis. ¡Cuerpo a tierra!*

Pasó a la siguiente fotografía y su frustración se convirtió en ira.

La imagen mostraba a un oficial de las SS con su uniforme de camuflaje, en medio del prado, con la bota apoyada sobre la espalda de un soldado americano. Una de las manos sujetaba sin miramientos un puñado de pelo, y así obligaba al soldado a levantar la cabeza. Con la otra apuntaba con una pistola a la nuca del hombre. El oficial tenía cabello rubio y la cara cubierta de tierra. Una cruz de hierro colgaba del cuello. Y llevaba otra prendida en el pecho. Un héroe. Cuatro diamantes de plata y la insignia del cuello del uniforme indicaban su rango de mayor. Otro hombre reía detrás de él.

«Seyss entró en el prado acompañado del sargento Richard Biedermann y administró el tiro de gracia allí donde era necesario.»

Judge dejó caer las fotografías sobre el escritorio, le dio la espalda a Storey y cerró los ojos. Había creído que la búsqueda incansable por la verdad de la muerte de Francis lo había insensibilizado ante la pérdida de su hermano, que el exacto conocimiento de las circunstancias de su muerte de alguna manera aliviaría su dolor. Pero estaba equivocado. El relato de la masacre, tan pegado a los hechos, frío y trivial, con el añadido de las fotografías, reabrieron la herida de su alma y renovaron su dolor.

—¿Está bien? —preguntó Storey.

Judge intentó responder, pero no se atrevió a decir nada. Era incapaz de hacer que el aire pasara por su garganta, sentía que las piernas se le debilitaban por momentos. De alguna manera, se las arregló para asentir brevemente.

Storey le dio unas palmaditas en el brazo.

—Como ya he dicho, también tengo malas noticias.

Judge miró a Storey con una mirada temblorosa, ajeno a la lágrima que corría por su mejilla. ¿Qué podía ser peor que ver la fotografía en la que tu único hermano, la única familia que te queda, yace muerto, masacrado en un prado desolado de un país extranjero?

—¿Malas noticias?

—Es Seyss —respondió Storey—. Ha escapado.